

Falsas Amistades

1º Ciclo ESO. Autor: Paula Misa Huidobro

3^{er} Premio. Bronce

XI CERTÁMEN LITERARIO "LETRAS DE BABEL"

CURSO 2020-2021

FALSAS AMISTADES

Paula Misa Huidobro

2º ESO B

Medalla de bronce

Mientras avanzaba en la redacción de mi próxima novela, se fue la luz. Desde hacía semanas, se venían sucediendo cosas muy extrañas en casa, por lo que una sensación de miedo me recorrió el cuerpo. Cogí el teléfono y me apresuré a salir fuera para comprobar el diferencial. Ya era de noche, y no me entusiasmaba la idea de adentrarme en la niebla que lo envolvía todo. Abrí la puerta y dejé salir primero a Max, mi perro.

El animal estaba tranquilo, pero yo tenía una mala sensación en el cuerpo. Una vez resuelta la avería eléctrica, volví a casa. Un ruido se escuchó en la planta alta, provocando que la sensación de inquietud me recorriese de nuevo el cuerpo. Llamé a Max para que me acompañase, ya que con él me sentía más segura. Juntos recorriamos todas las habitaciones, cuando, de repente, percibimos un ruido proveniente de mi armario. Intranquila, lo abrí, intentando aparentar seguridad. Max esperaba ansioso, pero, no había nada. Estaba claro que me estaba obsesionando y que todo eran coincidencias.

Al día siguiente, para despejarme un poco, quedé con Marina, mi mejor amiga. No le conté nada de lo ocurrido, pues me tomaría por loca. Fuimos de compras y, después, tomamos un café en su casa. Sorprendida me quedé cuando, al regresar a la mía, encontré la puerta abierta. Corrí a casa de Daniel, mi vecino, y le pedí que me acompañase, pues estaba nerviosa. Finalmente, no había nadie. Quizás

abierto... Definitivamente, me estaba volviendo loca. Estaba convencida de que me observaban; no comía, no dormía y vivía con miedo. Había dejado de escribir —que era mi pasión— y no me apetecía hacer nada, por lo que decidí consultarlo con Daniel que, además de mi vecino, era psiquiatra.

Se siguieron oyendo ruidos en mi casa por varios días, y por mucho que me empeñase, no era capaz de conciliar el sueño. Daniel me recetó unas pastillas de esas que toman las locas. Con los medicamentos no me sentía yo misma. Dejé las pastillas, pero caí en una depresión. Finalmente, le conté mi situación a Marina y ella se ofreció para cuidarme.

Unos meses después, presa de la angustia, me intenté suicidar. Un instante de lucidez hizo que me percatase de la barbaridad que estaba a punto de cometer. Telefoneé a la ambulancia, aunque Marina insistiese en curarme ella los cortes.

Llegué a urgencias. Las heridas de mi muñeca sangraban bastante, por lo que me atendieron rápido. Me hicieron varias pruebas y finalmente me condujeron a la consulta.

El médico me explicó que estaba sufriendo brotes psicóticos provocados por la mezcla de dos medicamentos. —¿Dos medicamentos? —pregunté—. No sabía de qué hablaba; hacía semanas que no tomaba las pastillas que me había recetado mi vecino el psiquiatra. Le pregunté si no sería una equivocación y me explicó que la mezcla de esas dos medicinas se les administraban a los enfermos terminales para mantenerlos sedados.

Comprendí entonces que solo había podido ser Marina, ya que ella me había estado alimentando. ¿Cómo no me había dado cuenta

perjudicado, ya que la editorial había acabado ofreciéndome a mí el contrato.

Dejé que Marina me acompañase a casa, pues, mientras pensaba en un plan de huída, tenía que aparentar normalidad. Así que pude, me encerré en la cocina y llamé a la policía, pero la comunicación se interrumpió antes de que pudiese darles todos mis datos. En ese preciso instante, un suspiro se oyó a mi espalda. Busqué un cuchillo, estaba segura de que Marina había escuchado mi llamada de socorro. Logré asir el cuchillo, pero en ese instante noté un metal frío atravesándome el brazo. Entonces fue cuando toda mi vida pasó por delante de mis ojos.

Sonó el timbre. Grité y, al borde del desmayo, aún pude ver como una figura masculina abría la puerta y se acercaba: era Daniel. Pero la sensación de alivio desapareció cuando percibí la tranquilidad en su rostro. Se acercó a mí y me pegó una patada. –¡Muy bien, hermano! –oí decir–. Marina y Daniel no sólo eran hermanos, sino también cómplices. Estaba perdida. Era el final.

En el último instante, mi perro Max apareció como un ángel salvador. Se abalanzó sobre Daniel, que cayó al suelo, golpeándose la cabeza y perdiendo el conocimiento. Me puse en pie y corrí hacia la puerta con Marina pisándome los talones. Max también logró inmovilizar a mi perseguidora. Finalmente, la patrulla que había solicitado por teléfono se acercó a mi domicilio. Exhausta, caí al suelo casi inconsciente. Me llevaron al hospital y les conté lo ocurrido.

Daniel y Marina fueron detenidos y condenados por intento de asesinato, mientras que Max descansa en una preciosa tumba, situada en mi jardín, en la que deposito flores todos los días y le doy gracias a

mi perro, no sólo por haberme salvado la vida, sino por haber sido un
fiel compañero. ¡¡Nunca te olvidaré!!